



ROBERTO se bajó del tren en la estación de Zamora. Eran algo así como las doce y media de la noche y tenía que esperar allí unos cuarenta minutos al convoy que procedía de Madrid y que terminaba en La Coruña. Encontró muy cambiada la estación de Zamora. A la vieja fondu-

nísimo óvalo de cara, enmarcado en una prolongada cabellera que le caía hasta los mismos hombros, y un general baño de ingenuidad que resultaba tan pródigo como delicioso.

La chica entró en la cafetería, pidió y tomó una coca-cola, encendió un pitillo y dejó vagar su mirada bondadosa por todo el salón. Roberto se aproximó también

Las sombras

(CUENTO)

devoran

Por Arsenio MUÑOZ DE LA PEÑA

cha había sucedido una moderna cafetería y un lujoso hotel.

Eran bastantes los viajeros que esperaban el mismo tren que él. Reconoció, bien pronto, por los síntomas, a una pareja de recién casados. Un sacerdote, tocado con boina negra, cuidaba de una descomunal maleta. Pero su mirada quedó completamente eclipsada ante una joven de unos diecinueve años, de faz sonrosada y fi-

al mostrador, sorbió un café y, a hurtadillas, contempló a aquella encantadora chiquilla que llevaba escrita en su rostro la inocencia y la exquisitez sumas.

Roberto no quiso romper el encantador momento que estaba viendo con el choque de un intento de abordaje y renunció a trabar conversación con ella.

En un rincón, varios alféreces charlaban en muy alta voz y diri-

gían insistentes miradas hacia la chica, la cual, al verse tan fuertemente asaetada salió de la cafetería y volvió al andén. Se paró ante el kiosco de los periódicos y pasó sus hermosísimos ojos por los diferentes títulos de los libros. Resultaba ya larga la espera. Hacía un poco de frío.

Roberto salió también al andén para pasear una y otra vez en un pequeño trozo cuyo centro lo constituía la joven aquella que seguía embelesada en las obras de las estanterías. Sonó una campana y los viajeros se prepararon. Cada uno apuñó su equipaje con dedos llenos de impaciencia. Llegó el tren y asediaron los viajeros a los distintos vagones. Tan magníficamente maniobró Roberto que pronto se vió sentado en un departamento al lado de la bella desconocida que le agradeció que él le colocase la maleta sobre la rejilla. Quedaba ya completamente lleno el departamento. Un fraile dormitaba con mucha cara de sueño. Dos chicos jóvenes cambiaron unas frases.

Un señor calvo hurgaba en el fondo de una cartera grande y, al fin, sacó de ella un pequeño termo y sorbió un poco del líquido que contenía.

La chica se arrellanó lo mejor que pudo y extrajo un pitillo de un elegante estuche. Roberto le alargó la llama de su encendedor.

—Gracias, porque el mío no hay manera de hacerle encender— di-

jo ella, con una amplia y agradecida sonrisa.

Volvió ella a sacar la pitillera que había guardado en su bolso y ofreció un cigarro a Roberto, el cual aceptó encantado.

De cerca, la chica resultaba todavía más fina y bonita. La luz del vagón matizaba suavemente su delicada piel, perfilaba mejor su perfecto óvalo de cara y subrayaba el brillo especial que emitían sus pupilas y que derrochaba graciosamente en su redor.

—Hace un poco de frío— comentó Roberto, por decir algo.

—Ahí llevo una pequeña manta si se la quiere echar por los hombros.

—Es Vd. muy previsora.

—Regular. A lo mejor me acuerdo de las cosas de menos importancia y luego me monto en el tren sin el billete, como me ha ocurrido en este viaje en Salamanca. Menos mal que me dí pronto cuenta y me lo solucionó el revisor, por las buenas.

Todo esto lo decía la bella viajera con un tono tan despreocupado y simpático que acabaron de encantar a Roberto.

El señor mayor, el de la amplia calva, pidió permiso y apretó el interruptor de la luz. Roberto, en plena oscuridad, seguía viendo en su imaginación el delicioso rostro de la desconocida, la cual daba voraces chupadas al pitillo. El punto de luz del cigarro ponía alrededor de su boca como una sugestiva señal.

Los chicos jóvenes se levantaron, abrieron la puerta y salieron al pasillo. El religioso roncaba ya por todo lo alto. La viajera cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia el lado derecho, sobre las tablas de su departamento.

A Roberto, entre las sombras de la duermelva, se le aclaró inmediatamente, el por qué le había impresionado tanto aquella mujer. Ahora veía perfectamente bien que se parecía de una manera increíble a la primera novia que él había tenido. La misma cara ingenua, los mismos ojos chispeantes, idénticos labios gordezuelos, la cabellera abundosa, el bien trazado óvalo de la cara, los elegantes ademanes...

Abrió los ojos la chiquilla y dijo:

—No soy capaz de dormirme en el tren. Bueno, es que soy muy poco dormilona.

—¿No le parece que dormir mucho es morir mucho?

—¿Tanto ama Vd. la vida?

—La adoro. Todos los gallegos adoramos la vida, la saboreamos con verdadero fruición, la amamos como ninguna otra raza. Rendimos verdadero culto a la comida, a la bebida, al mar, a la tierra, al fuego... a todo lo que hay de tejas para abajo.

—No sabía yo tanto...

—Pues ya lo aprenderá Vd. Somos un pueblo muy de este bajo mundo.

—Será por lo hermosa que es su región, por lo pródiga que allí ha sido la naturaleza.

—Puede que sí, pero más bien yo creo que es un residuo de nuestra raza celta, un prolongado resabio pagano del que no hemos podido desprendernos.

—Sí, he leído que quedan todavía, en algunas apartadas aldeas, gentes que hacen unas procesiones nocturnas para ir a adorar a las fuentes y a los ríos.

—También lo he oído, aunque no lo tengo comprobado.

—Tienen ustedes fama de muy materialistas.

—Y lo somos, pero sabemos difuminarlo y presentarlo en la envoltura de la más fina y exquisita espiritualidad.

—Es muy interesante todo lo que Vd. me dice.

—Ya lo verá y lo comprobará. Veo que es la primera vez que viene Vd. a Galicia, ¿no es cierto?

—Sí, de Ponferrada no había pasado hasta ahora.

—¿Viaje de turismo o de negocios?

—Un poco de todo. ¿Cuál es su nombre?

—Sara.

—¡Qué curioso, igual que el de mi primera novia! Hasta se parece Vd. a ella físicamente de una manera extraordinaria.

—¿Es imposible? ¡Qué coincidencia! Yo no puedo decirle igual porque no he tenido novio todavía.

—Con lo bonita que es Vd.... No lo creo.

—Mi palabra de honor.

—Le diré como ese locutor de

radio: "Será porque Vd. no quiere".

—Quizás. Soy muy joven todavía y tengo que terminar antes mi carrera.

—¿Qué estudia?

—Lenguas modernas. ¿Quiere otro pitillo?

—Bueno, pero quizás estamos aquí molestando a los demás con nuestra charla. ¿Y si saliésemos al pasillo un poco?

—Está bien. Vamos allá.

Salieron y se pusieron ambos junto a una ventana. Ella quiso aclarar:

—¿De verdad que me parezco a su primera novia?

—Sí, es cierto. Todo un mundo lejano y querido se me ha echado encima de nuevo, al conocerla esta noche. Tiene Vd. la misma cara de pureza, los mismos gestos, las mismas deliciosas ingenuidades de aquella otra Sara. Esto es como enlazar con el pasado, como hallar lo perdido, como vivir lo que no se había vivido y no se quisiera haber dejado de vivir. Me resulta como si esta noche Vd. hubiese cortado los flecos feos de los diez años que para mí han pasado sin pena ni gloria. Es como si volviese a saborear la pulpa de aquellas dulces frutas que yo entonces saboreaba.

—Y sin embargo, Vd. mismo dice que han pasado muchos años. ¿Qué edad tenía Vd. en aquella época?

—La misma que Vd. tiene ahora. Pero lo maravilloso es que me

siento con el mismo espíritu, con las mismas inquietudes que entonces tenía. Me ha rejuvenecido usted diez años en una sola hora. Eso tengo que agradecerle.

—Y yo a Vd. su charla que me está haciendo pasar estupidamente una noche que imaginaba que iba a ser fatal.

—Ha logrado Vd. en mí un auténtico milagro. Todo esto resulta un poco novelesco...

—Me encanta todo lo novelesco.

—¿Y las leyendas?

—Las leyendas, también...

—Le cuento una?

—¿Tiene un final triste?

—Sí, como todas las leyendas.

—Entonces, no.

—Este encuentro nuestro, ¿no le parece que tiene un poco de leyenda? ¿Cuál será su final?

—¡Cualquiera sabe! Ahora dígame una cosa, ¿porqué rompió con su primera novia?

—Por algo muy grave que me dijeron de ella y que yo no tuve valor ni ocasión de aclarar.

—Su obligación era la de aclararlo.

—Así lo creo ahora, pero entonces no tuve valor para ello.

Quedó un poco triste Sara.

Rompió el silencio Roberto:

—¿A qué lugar se dirige Vd.?

—A Santiago.

—Esa ciudad será el final de mi primera etapa. ¿Nos veremos allí?

—Ya lo creo. Es seguro. Aquello es pequeño y todo el mundo se ve todos los días por los mismos lugares. Yo voy todas las no-

ches a pasear a La Herradura. Ya lo creo que nos encontraremos.

—Así lo espero y deseo.

Entraron otra vez en el departamento, cabecearon un poco, se adormilaron y la madrugada les sorprendió ya cerca de Orense, con las manos de la tierra por todo lo alto, mostrándoles en bandeja los frutos de la misma por medio de los hórreos; con las vides ascendiendo por los muslos de los pivotes de piedra para madurar los racimos entre los pámpanos báquicos de los emparrados; con las greñudas, brujas nubes huyendo ante los jóvenes dardos encendidos de los adelantados jinetes del sol y con las redondeadas montañas, como cabezas de algún dios pagano delirante, ahíto, vegetal, verderón y modorro, empeñado en degustar eternamente las delicias de la vida.

Dejaron entrar por las ventanas de sus pupilas tantas naturales maravillas como ininterrumpidamente pasaban ante ellos por los abiertos pasillos de las "corredeiras" tan buenas para perderse deliciosamente entre el bosque espeso de los humanados pinos; las carretas con ruedas de madera que parecían gruesos troncos de árboles que rodaban por sí solos y las vacas con caras jupiterinas, tonantes y tunantes, siempre dispuestas a disfrazarse de cualquier cosa para conseguir el amor y la posesión de Europa.

Se bajaron en Santiago y se

despidieron como viejos amigos. Insistió él:

—¿Nos veremos?

—Queda prohibido el dudarlo.

—fue la contestación de Sara.

Roberto subió a un autobús que le llevó a un hotel situado en la Rua Nueva. Se acostó un par de horas y a media mañana salió a la calle. Pasó el día visitando la catedral, Santo Domingo, Santa María del Mar, el palacio de Fonseca, el Hostal de los Reyes Católicos y tantos otros monumentos como tiene la incomparable ciudad compostelana.

Ya anochecido se sentó en la terraza de un bar, al final de la calle de Franco. Estaba muy animado aquel trozo. A su lado, en la mesa inmediata, estaban dos chicas muy parlanchinas que colgaban un comentario a todo el que pasaba por allí. Ahora estaba una de ellas diciendo a la otra:

—¡Qué pena de chica tan joven y tan guapa y ya hecha una perdida...!

Roberto levantó la cabeza y dirigió la mirada hacia la que muy diligentemente iba ya un poco adelante de donde ellos estaban. Reconoció perfectamente a Sara, con un traje muy ceñido al cuerpo, provocativos andares, un escote muy generoso y un echarpe color crema sobre los hombros, la cual se alejaba levantando a su paso abundante polvareda de piropos y silbidos.

Roberto se levantó rápidamente de su asiento, llamó al camarero

para pagarle su consumición. El mozo estaba en el interior del bar y tardó un poco en salir. Roberto no tenía dinero suelto y tuvo que darle un billete de mil pesetas. El camarero fue a cambiarlo a la caja, junto al mostrador. Roberto se impacientaba. Al fin tuvo la vuelta

del billete en sus manos. Salió raudo, con la mirada fija hacia el lugar por el que había visto que marchó Sara. No logro encontrarla por más que miro por todos los alrededores. Las sombras del paseo de la Herradura habían devorado a Sara para siempre.

POEMA 10

Qué dulce muerte
más azul,
más cimbreada,
más intensa.

Qué eterna danza,
fundida de vuelos,
sola rosa nueva,
sola rosa libre.

Qué cálida torre,
destruida y palpitante
en íntima asolación.

Qué mínimo cielo
paulatino
entre hachazos leves.

Qué melancolía
de fronteras invadidas,
de ventanas ahogadas,
de desbocados caminos

Felipe MURIEL